

Esta Venezuela electoral

¿Queremos elegir?

El país, entonces, parece estar dejando de ser un recurso retórico y quizás ya comience a abandonar sus espejismos para entrar de lleno en una crisis honda, compleja, capaz de arañar de otra manera al futuro.

■ Alberto Barrera Tyszka

1 Si algo parece destacarse en el escenario político que sorprende al año de 1998, es un descubrimiento colectivo: el país no es una exclusividad de los políticos. Y cuando me refiero al país, no entiendo tan sólo el ejercicio de las funciones ligadas al Estado. Pienso sobre todo en una tarea, en el difícil arte de pensarnos en conjunto, de establecer relaciones y símbolos, ideas comunes sobre el trabajo y el placer, sobre los sacrificios y las reivindicaciones, sobre todo ese inmenso desorden que llamamos realidad.

Lo que hace años apenas se anunciaba, a través de una incipiente sociedad civil (término que, no sé por qué, vino de pronto a sustituir con aplastante ligereza a la palabra "pueblo") tan sólo dedicada a la organización vecinal, se ha convertido de pronto en un verdadero debate que amenaza con quitarle el monopolio de la vida pública a los políticos. No se trata simplemente del fracaso absoluto de los partidos en sus intentos de gerenciar las



ILUSTRACIÓN:
PATRICIA LÓPEZ

áreas comunes de nuestras vidas. Para eso, basta asomar media pupila a cualquier página de la prensa para encontrar el balance de cualquier administración de los últimos años.

Quienes han gobernado Venezuela no tienen necesidad de otro informe: desde las crisis hospitalarias hasta las tragedias del sistema penitenciario, desde ese moderno cuento del gallo pelón en el que se han convertido todos los ensayos de reactivación económica, hasta el monumento al bostezo que es la educación pública; todo esto pasando por la labor de un Congreso Nacional que ya ha agotado todos

los recursos para mostrarnos su vocación por la tontería y la ineficacia. Pero, como decía, el problema va más allá, ya toca otro horizonte: lo que está en crisis es la noción de ejercicio de poder que los políticos han estrujado y oficiado por más de treinta años.

Eso también tiene que ver con la conciencia, cada vez mayor, de que el poder no está ubicado, no se establece en lugares predeterminados sino que ronda, que sólo encuentra su espacio en las relaciones; que es posible ejercer un poder más eficaz desde una protesta del gremio médico que desde la burocracia de la Sanidad Pública.

El ejercicio de poder de cualquier ciudadano también puede ser feroz y eficiente. Más serio y contundente que las negociaciones para distribuir zancadillas en las que se entretienen las bancadas de los partidos en el Congreso.

Algo quedaba en la inocencia nacional: un tejido que aún suponía cierto espíritu de servicio en la política, una fe en los discursos. El panorama electoral, quizás, se encargue de terminar de fulminar nuestra virginidad social. Aún antes de iniciar las campañas, ya los partidos se han movido con el mismo desespero que un gerente de televisión ante la hoja del rating. Las encuestas son ahora sus propuestas programáticas y sus dogmas. El oficio político ha quedado estampado en la tribuna C del hipódromo. Eso es su estigma. Ante el desconcierto, juega a ganador. Sólo así se puede explicar que concepciones y condiciones ideológicas tan disímiles como Luis Herrera, Andrés Velásquez y Diego Bautista Urbaneja se encuentren ahora en el mismo corral, acariciando los tobillos de Irene, inventando un idioma que les permita justificar que la alcaldesa de Chacao es la mejor opción presidencial para el fin de siglo.

El país se les fue de las manos. Ya no lo piensan. Sólo lo constatan. Está ahí, como el fieltro verde donde se arriesga al azar de la ruleta. Y ello no quieren salir del juego. Sólo saben ejercer el poder desde el Estado. No pueden entender las relaciones sociales sin ser "funcionarios". Se trata de sobrevivir en el plano más ingenuo, a un escenario donde las maquinarias ya no tienen aceptación. Suponen que este diciembre el voto castigará más que nunca a los partidos y quieren ampararse en la figura de la reina de belleza para no quedarse con las manos vacías.

Ya la realidad no es su patrimonio. Ya, ni siquiera, es su campo de trabajo. El oficio político se está quedando sin objeto. Y ahora tienen poco tiempo. Para ellos, la campaña electoral del 98 puede ser un desespero, una tragedia, un preaviso antes de quedar sin empleo.

2 Hay dos o tres rectas que han sido manoseadas hasta el hartazgo desde hace un buen tiempo. El caldo original que las nutre parece ser el mismo: el derrumbe del país, la carencia de liderazgos, la falta de fe en los partidos y en las instituciones, la completa ausencia de dirección, de rumbo; el sinsentido existencialista convertido de pronto en respiración colectiva, en proyec-

66

Si el 98 continúa como ha amanecido, el futuro del país parece estar colgado entre dos esquinas: un ex militar y una ex reina de belleza. Eso es lo que nos queda cuando por fin parece que ha terminado el monopolio de los partidos sobre la vida pública

99

to nacional. Ante esto, los análisis siempre suscriben un resultado que apunta a lo que podría llamarse "la tendecia autoritaria en nuestras sociedades". Es decir: a joderse que aquí está Fujimori, o Pérez Jiménez robó menos e hizo más. Son las mismas frases con distintas vestiduras. La pregunta de fondo es la misma: ¿dónde está el poder? La sentencia final es la misma: hay un ansia de orden, de control; hay un ansia de sentir que hay premios y castigos, que vamos hacia algún lado.

Es una atmósfera de uniformes. Una cierta brisa dictatorial que ronda las esquinas. Es el resultado de un ejercicio de poder político que tiene más que ver con las rencillas políticas, con el ajuste de cuentas de un gremio, sin lograr resolver nada de trascendencia para la vida de los ciudadanos. Eso es: el Congreso sólo existe para postergar al país. Por eso, ahora, casi todos estamos por creer que la democracia puede ser una gran promiscuidad, un gran estorbo.

Esta línea de pensamiento podría llevarnos a entender el fenómeno Chávez. En principio, a primera vista, Chávez no pertenece a la cofradía política. De hecho, su nacimiento a lo público, se da por enfrentar violentamente a ese mundo. En el mundo ideal de las representaciones, Chávez sería el enemigo emblemático de la clase política. Simbólicamente, además, él reúne los íconos de la autoridad. Y así

lo expresa. Sin pudor, además. Con una jerga nacionalista y utilizando al máximo toda la liturgia bolivariana. Chávez es posiblemente la oferta más conservadora e intransigente que hemos encontrado los venezolanos en los últimos años. Aún más que Caldera, que ya es decir bastante.

En la otra punta de la balanza está Irene. Ella sí es el desquite absoluto y radical frente al monopolio de lo público que han usufructado hasta ahora los políticos. La ama de casa en el ejercicio de todos los poderes, desde el maquillaje hasta la gerencia del municipio, desde el comercio con muñecas hasta las aspiraciones presidenciales. No habla. Su función retórica está ligada a los gestos, a las acciones bonitas. Su eficacia también es estética.

Sería muy ingenuo pensar que Irene no representa, a su vez, una vocación autoritaria que redima la "ansiedad de las masas". Se trata de una dirección con maquillaje, pero de una dirección clara. Tan así que ella ha introducido la vida íntima en el territorio de lo público que puede controlar su municipio. Los besos pueden ser prohibidos en Chacao. Irene cada vez más lejos.

Lo que comenzó como un chiste, como una decoración graciosa en un municipio rico y un tanto intrascendente, ahora se ha convertido en la peor pesadilla para la clase política. Era -casi con sonrisa socarrona y codazo de machismo cómplice- una mujer. Una miss. Una niña con cara dulce e imagen bancaria. Y resultó que eso nunca fue cierto. Irene ni siquiera es sexual. Es sólo un anhelo. Una promesa de inocencia. Sí. Tan inocente como un buen sueño. Sólo eso bastaba para arruinarle la vida a los partidos.

Quienes no la han buscado, quienes aún no han agachado la cabeza; quizás pronto lo hagan. Hay que acercarse a Irene porque ella huele aún mejor que el Chanel número 5; huele a silla, a banda tricolor, a presidencia.

3 Si el 98 continúa como ha amanecido, el futuro del país parece estar colgado entre dos esquinas: un ex militar y una ex reina de belleza. Eso es lo que nos queda cuando por fin parece que ha terminado el monopolio de los partidos sobre la vida pública.

La realidad oxigenada, la sociedad que necesita organizarse de otra manera se encuentra de nuevo frente al grave problema de la representatividad. Tener que elegir también puede ser una tragedia ■